

ciclo
BILLY WILDER

22 MAR
20:30

26 SÁB
18:00

¿Qué ocurrió entre mi padre y tu madre?

Billy Wilder. EEUU. 1972. 144 min. Color. v.o.s.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *Avanti!*.

Título español: *¿Qué ocurrió entre mi padre y tu madre?*.

Nacionalidad: EEUU. **Año de producción:** 1972.

Dirección: Billy Wilder.

Guión: Billy Wilder, I.A.L. Diamond.

Producción: Jalem Productions / The Mirisch Corporation / Phalanx Productions / Produzioni Europee Associati (PEA).

Fotografía: Luigi Kuveiller.

Montaje: Ralph E. Winters.

Ayte. de dirección: Rinaldo Ricci.

Música: Carlo Rustichelli.

Sonido: Basil Fenton-Smith, Bill Varney, Frank E. Warner.

Director artístico: Ferdinando Scarfiotti.

Maquillaje: Adalgisa Favella, Franco Freda, Harry Ray.

Intérpretes: Jack Lemmon, Juliet Mills, Clive Revill, Edward Andrews, Gianfranco Barra, Franco Angrisano, Pippo Franco, Franco Acampora, Giselda Castrini.

Duración: 144 min. **Versión:** v.o.s.e. Color.

SINOPSIS

Wendell Armbruster es un hombre de negocios americano que se ve obligado a viajar a Italia, donde su padre ha muerto en un accidente de coche. A pesar de que tratan de ocultárselo, se entera de que su padre tenía una amante, que lo acompañaba en el momento del accidente. Cuando entra en escena la hija de la amante, la animadversión entre ellos es instantánea, pero la embarazosa situación se complica todavía más cuando los cadáveres desaparecen misteriosamente.

COMENTARIO

Inspirada de la obra teatral homónima de Samuel Taylor y unánimemente considerada un título menor del maestro, este agradable espectáculo, de argumento tan imposible como eficaz, funciona gracias a la habilidad con la que el director y guionista va tejiendo la relación de sus protagonistas. Un vínculo que da comienzo de la forma más descabellada posible, pero que -¡oh, milagro!-, termina haciéndose creíble a ojos del espectador. Él es Wendell (Jack Lemmon), un americano amargado y tradicional; ella, Pamela (Juliet Mills), una extrovertida británica entregada al hedonismo. Dos personalidades opuestas que se cruzan en Italia, donde Wendell se traslada con motivo del fallecimiento de su padre en un accidente de coche. Será cuando descubra que éste tenía una amante, también fallecida en dicha tragedia y ésta, a su vez, una hija: Pamela. A partir de entonces se establecerá entre ellos una relación plagada de momentos hilarantes e infinidad de enredos, todos barnizados con esa aura de encanto de la que sólo Wilder sabía dotar sus películas.





El fuerte vínculo que comienza a instaurarse entre los protagonistas es el eje de una producción que, como es habitual en el director, no renuncia a la crítica social lanzando, entre otros frentes, incendiarias líneas de guión al estilo de vida americano de la época, que aquí se define como materialista, obtuso. En este sentido, es como si Wilder entendiese a Italia como una especie de oasis, un colmado refugio donde escapar de una sociedad tan rígida como la que se respiraba en USA, aquejada también de una deficiente política exterior a la que la película lanza varios dardos envenenados. Este proceso de catarsis, ejemplificado en la frase de Pamela: "Italia no es un país, es una emoción", se sustenta en varios de esos placeres de la vida a los que la película acierta a homenajear: desde esa música capaz de revitalizar el alma -y que nunca deja de sonar, hasta el punto que Wilder confía en su poder

para transmitir emociones en muchos fragmentos, exentos por completo de diálogo-, hasta la gastronomía, pasando por esos edénicos paisajes en los que se ambienta la historia y, lo que es más importante, el espíritu de libertad que emana una película costumbrista en la que las escenas de los apacibles paseos en vespa, el amamantamiento de las madres a sus hijos al aire libre o ese gusto del cineasta por recrearse en el mar hablan por sí solas.

Aunque la escena que mejor refleja el aroma irreverente de un film, en cierta medida, adelantado a su tiempo, es el instante en el que ambos protagonistas, desnudos, se tumban en una roca en alta mar -un fragmento, dicho sea de paso, al que la censura de la época impidió traducir al español-. La pureza ambiental, casi regeneradora, que irradian cada uno de estos fotogramas justifican

de por sí el visionado de una película rodada -y qué mejor ocasión que esta escena para comprobarlo- con elegancia y buen gusto. Sí es cierto que la acción se podría haber condensado en media hora menos de metraje o que su intermitente agilidad le impiden estar dotada de ese ritmo desahogado de otras otras producciones del director como *Con faldas y a loco* (1959) o *La tentación vive arriba* (1955). Con todo, son defectos que no empañan un show disfrutable, tan vitalista que incluso desdramatiza a la propia muerte -la escena del depósito de cadáveres o la del asesinato en el hotel-. Además el film ha sabido desprenderse del adjetivo de antigua que le acuñó la crítica del momento. ¿Qué ocurrió entre tu padre y mi madre? ha demostrado, más de cuarenta años después de su estreno, que está más viva que nunca.

Pero, sin duda, lo que termina de engrandecer la película es la figura de Lemmon, quien demuestra una vez más ser un actor especialmente dotado para la comedia, sobre todo cuando toca desenvolverse en el terreno de la infidelidad, otra de las obsesiones de Wilder, como también lo era su condena a la delgadez a la que se ven abocadas las mujeres por culpa de una sociedad en la que el físico parece ser lo más importante. Con todo, conviene quedarse con su mensaje de que jamás, en ninguna circunstancia, conviene juzgar el prójimo: al fin y al cabo ninguno de nosotros sabemos a ciencia cierta dónde estaremos mañana. Es, sin duda, la lección más valiosa, junto con la arbitrariedad del amor -que, una vez más, se nos recuerda que puede surgir en los lugares más insospechados, con la persona más impensable- que desprende este irrefutable canto a la vida.

<https://servueda.wordpress.com/2013/03/22/que-ocurrio-entre-tu-padre-y-mi-madre/>